

un capote gris, uniforme de cazador de la guardia consular francesa, aunque su rostro era estremadamente pálido, y apenas le sombreaba un ligero bozo, su mirada era aguda y penetrante, era de aquellas que profundizan hasta los mas recónditos senos del corazón, y en que rápidamente se revelan el génio, el poder, la energía y el valor.

—¿Qué edad tenéis?—Le respondió, desentendiéndose de los obstáculos casi insuperables que se oponian á su marcha, y del aspecto triste y melancólico que presentaba la naturaleza al cruzar los Alpes en lo mas rigoroso de la fria estación del invierno.

Asombrado el conductor de que nada de esto hiciese impresion en su ánimo, como lo demostraba la estraña pregunta que le dirigia, pero dominado por la fascinacion que aquel estraño personaje sobre él egercia, poco vaciló en responder.

—Diez y nueve años, señor.

—¡Y bien! continuó el desconocido. ¿En qué pensais ahora? Cuáles son vuestros deseos para el porvenir? estais contento con la profesion que egerceis? en el fondo de vuestro corazon no hay algun pensamiento oculto en que se ocupe vuestra imaginacion durante el día y lo soñeis en la noche? pensamiento que realizado os creeriais completamente feliz? Decidme, ¿no sentis ese desasosiego, ese afan con que el corazon al ver casi efectuarse lo que tanto tiempo ha deseado, se agita, se atormenta?

Señor, soy un pobre aldeano, le dijo fascinado por el lenguaje de su interlocutor: en las temporadas que las faenas agrícolas lo permiten, me ocupo en conducir, como á vos, á las personas que cruzan estas montañas: nuestros cortos medios que apenas bastan á cubrir las primeras necesidades me hacen completamente infeliz. Algunas veces en mis horas solitarias, pienso en otra ecsistencia mas agradable. Si yo llegara á poseer, me digo, la quinta, en que trabajo como colono con mi familia, seria completamente feliz. Ademas, señor, entonces no seria despreciado por los padres de mi adorable María; por que habeis de saber, señor, que la amo como á un ángel, y ella á mi parecer me corresponde; pero mi pobreza, al paso que María deberá ser rica, es un obstáculo insuperable que estorba mi dicha y que me hará renunciar tan halagüeña idea, y al fin la veré en los brazos de un poderoso labrador, que la pretende y á quien prefieren los padres de mi amada.

Escuchábale su interlocutor con atencion y con vivo interés, y aunque no se hubiesen desarrugado los pliegues de su ceñudo rostro, parecia enagenado con alguna idea importante.

Al fin sacó su cartera y rasgando una hoja de papel, trazó rápidamente algunas líneas, al mismo tiempo que acababa de trepar la cima del monte S. Bernardo. Miró el reloj y entre impaciente y satisfecho, llegó al célebre monasterio, á cuya puerta se aparea el estraño viajante.

—Tomad, dijo el jóven guia, presentándole una suma de oro bastante para lisonjear al pobre montañés, tomad esto para vos; y este billete para el rector de vuestra iglesia, añadió poniéndole en la mano el pedazo de papel, que poco antes habia escrito sobre su cabalgadura al dominar su altiva frente desde las cimas de los Alpes, las fértiles llanuras de la hermosa Italia.

H.

Ya la noche está muy adelantada en la pequeña aldea de Trouse, que se ocultaba en un reducido valle del monte S. Bernardo; en una humilde, pero aseada casa al rededor de un abundante fuego se hallaba María con sus padres. Contrastaban la blanca tez de su rostro, sus encantadores ojos y su cándida inocencia con los semblantes arrugados y octogenarios de sus vetustos padres, con su habitacion mezquina y estrecha, y la apariencia humilde que la rodeaba.

—María, dijo su padre, levantando pausadamente la cabeza para mirarla. Basta de dilaciones. Hace tiempo que guardamos contigo unas consideraciones, que pueden serfe perjudiciales. Todo el mundo murmura de nuestra condescendencia; á ese jóven hijo de un antiguo amigo mio, que posee suficientes bienes de fortuna para proveer á tu subsistencia, que tan honrado y trabajador es, no hallo que disculpa darle; hoy mismo le he prometido que á la mayor brevedad posible se verificará vuestro casamiento....

—¡Padre! dijo María consternada, al mismo tiempo que gruesas lágrimas corrian por sus mejillas, que se habian tomado súbitamente pálidas como la cera.

—¿Qué quieres decirme? Todo lo he adivinado; pero tú que nunca has desobedecido á tus padres, tú que conoces como nosotros, que tus pensamientos son descabellados é impracticables, que el hombre á quien te inclinas no ha de poder proporcionarte una

vida cómoda ¿querrás amargar nuestros últimos instantes con el horrible pensamiento de tu infelicidad futura? María, continuó el anciano levantándose, María, en nombre de nuestro cariño te pedimos no desoigas nuestros consejos.

Levantóse María conmovida y próxima ya á ceder, iba á dirigirse á su padre para arrojarle á sus pies y estrecharle entre sus brazos, cuando sonaron fuertes golpes en la puerta: adelantóse María y abriéndola rápidamente, se presentaron á su vista el cura del pueblo y su adorado Juan.

Quedó María con los ojos clavados en el suelo, adelantóse el honrado y anciano labrador.

—¿A qué motivo, señor cura, debo el honor de veros á esta hora en mi casa? ¿En qué puedo complacerte, Juan? dijo amablemente al jóven á quien apreciaba por sus buenas cualidades.

—Acabo de recibir, dijo el cura, por conducto de Juan la siguiente carta. «Al punto que veais esta pondreis á Juan en posesion de la quinta que con su padre cultiva como colono: en cuanto al precio de ella, su dueño podrá entenderse conmigo, pues me encargo de su pago: facilitadle ademas á Juan cuanto necesite para que se case con María.—Bonaparte.»

III.

Napoleon era efectivamente quien, bajo tan modesta apariencia habia cruzado los Alpes, cual el invencible Annibal, sin ser de nadie conocido, ni aun de su mismo conductor: él quien despues de haber pasado su numeroso ejército por tan escabroso terreno, venciendo casi insuperables obstáculos, deshaciendo los trenes de artillería al llegar á sitios intransitables, conduciéndolos en caballerías, seguía las huellas de sus tropas, él quien cuando se hallaba en la incertidumbre de si su ejército acabaria de superar todas las dificultades y pasaria á las fértiles llanuras de Italia, objeto tanto tiempo de los sueños de su imaginacion;—conversaba tranquilamente con el guia y se ocupaba de hacerle feliz.

Escusado es decir que pasados los primeros momentos de asombro, los padres de María conviniéron en que mas valia ya Juan que Pedro el hijo de su amigo, y que por lo tanto tambien carecia de objeto la oposicion que al primero habian manifestado; por lo que á poco, hallándose Juan en posesion de su deseada quinta, al pie de los altares recibió el juramento de amor de su idolatrada y bella María, en medio del gozo de ambas familias.

Francisco Ledesma.

A AMIRA.

SONETO.

Impávido el guerrero en el combate
Su vida expone y por la gloria aspira,
Mientras se afana y en los clubs conspira
Hasta lograr sus fines el magnate.

Al opreso tambien el pecho late
Y por la dulce libertad suspira,
Entre tanto que al eco de la lira
Sus versos canta el inspirado vate.

Yo los miro anhelar bienes futuros,
Y pues me adoras, cifro mi contento
En disfrutar placeres mas seguros:

Y es mi ambicion, mi ardiente pensamiento
Libar el néctar de tus labios puros
Y aspirar el aroma de tu aliento.

José María Espadas y Cárdenas.

Hermanas de la Caridad.

Bajo este epigrafe insertamos un artículo en el número 14 del Caridemo, que ha dado lugar al comunicado publicado en el número 23, lo que nos precisa tomar nuevamente la pluma sobre el particular, no para combatir cuanto se espresa en el remitido, sino para rechazar algunas ideas, ya porque estas se rozan con aquel artículo, ya porque chocan con nuestras convicciones.